

CAOS EN LA CIUDAD

Era un cálido día en Eldiey, me desperté, al oír gritos y fuertes ruidos en la calle, bajé atemorizado a desayunar y, al poner la radio, me di cuenta de la razón de los gritos, el presentador dijo con espanto:

- ¡Los “Wachidoos”, seres extinguidos, han vuelto a la vida y están devorando a todo el mundo! por favor, estén alerta y, por su seguridad, no se acerquen al centro comercial “Gustavo Adolfo de Cervantes Alberti”, los Wachidoos se encuen... - Se perdió la señal y... me quedé pálido.

Le conté la noticia a mi madre que, aun así, me obligó a ir a clase. De camino, pasé frente al centro comercial y comprobé con espanto los cimientos de este. Aún me asusté más cuando vi a miles de criaturas viendo hacia mi, - ¡Vienen los Wachidoos! - oí gritar y eché a correr con todas mis fuerzas hasta llegar, sano y salvo, al colegio.

En este, mi profesora, Vera, me informó de que mi padre, candidato a la alcaldía, había sido elegido y me había dejado un pase especial para ir al ayuntamiento a celebrarlo. Ya terminadas las clases fui corriendo hacia allí pero, al llegar, horrorizado, pude observar que este ¡No estaba!, un guarda, bajo una columna derrumbada, me contó que los Wachidoos habían estado allí hacía poco rato y que mi padre había logrado escapar a un lugar secreto. Cuando le quise enseñar el pase, para que me dijera donde se encontraba tal sitio, ya era demasiado tarde, murió antes de que pudiese hacer nada.

Decidí entrar en el ayuntamiento, para buscar algún archivo de tal lugar, pero, en vez de eso, encontré unos papeles antiguos que hablaban de los Wachidoos, en los que ponía “Confidencial”. Los abrí y pude leer que los Wachidoos podían revivir si se juntaban dos elementos sobre un fósil de “Wachisaurio”, esos elementos eran: petróleo y una hoja de secuoya, el árbol más antiguo del mundo. Quise leer la parte de como matarlos, pero alguien la había arrancado.

Salí de allí y pensé en ir a una “computecca” (biblioteca pero con ordenadores en vez de libros) pero desgraciadamente faltaba el ordenador que hablaba sobre los Wachidoos. Tras esta decepción, decidí ir a la biblioteca nacional, pensé que no faltaría el libro que buscaba, puesto que últimamente casi nadie lee, pero al llegar también faltaba tal libro. Gracias a mi razonamiento, pude deducir que la persona, o personas, que había estado robando los archivos no era otro que un científico, puesto que trabajan con ordenadores y buscan información en los libros, además nadie más podría conseguir los elementos necesarios para revivir a los Wachidoos.

Corrí a mi casa y cogí mi bici para ir al laboratorio científico, puesto que estaba bastante lejos. Pocos metros antes de llegar, vi fuego por todo el edificio, supuse que los Wachidoos habían causado este desastre. Ya estaba decidido a volver a mi casa cuando oí una tenue voz diciéndome:

- Chico..., chico... ayúdame por favor –

Fui a dónde provenía la voz, rescaté a la persona y volví a mi casa, allí me confirmó que los causantes del incendio habían sido los Wachidoos. Me dijo que se llamaba Laura Etxebarria, le intenté sacar alguna información extra sobre estos seres, aunque sólo recordaba que su compañera, Carmen Martín Zambrano, fue la que los revivió pero, desafortunadamente, murió a causa del incendio.

Busqué en internet algo acerca de Carmen y sus descubrimientos. Por suerte, en su página web “todociencia.com”, explicaba con detalle la información necesaria sobre los Wachidoos. En ella contaba que, para revivirlos, había visto la película de “T-Rex”, en la que se resucita al dinosaurio con petróleo y una hoja de secuoya. Luego leyó el libro de “Don Telmo de León”, en el

que descubrió que los Wachidoos se fortalecían con la imaginación. Finalmente, otra película, “Goomie”, le enseñó cómo matarlos: utilizando la música.

Me dirigí a Laura, eufórico, y le dije: - Ya sé cómo derrotar a los Wachidoos - . Sólo necesitaba unos gigantescos altavoces para que se escuchase la música en toda Eldiey. Por suerte recordé que, en el ayuntamiento, había visto unos y no dudé en ir hacia allí con Laura. Los encontré y los conecté. A esto, vi a una horda de Wachidoos corriendo hacia nosotros y me apresuré a poner música. Puse primero música rock, pensando que con eso bastaría, pero no se inmutaron. Cambié el CD por unos de música pop, jazz, blues..., pero ninguno funcionó. A escasos metros de donde nos hallábamos, a Laura se le ocurrió una gran, aunque disparatada, idea: poner música clásica, era una idea extraña, puesto que ese tipo de música era muy tranquila, pero decidí probar. Puse algo de Bach, Laura y yo nos abrazamos, temiéndonos lo peor, pero para nuestra sorpresa la música les molestó, nos llenamos de alegría, pero aún seguían vivos, así que probé con Mozart, esto les hizo todavía más daño. Finalmente puse algo de Chopin, música que les derrotó. Acto seguido, se convirtieron en polvo y no se volvió a saber nunca nada más de ellos.

Al día siguiente, todo volvió a la normalidad, mi padre me dijo que fuera al ayuntamiento porque me iba a felicitar por haber derrotado a los Wachidoos, ¡Y lo quería hacer delante de toda Eldiey y de la prensa! Cuando mi padre me dio un cheque, con 50.000 \$, como recompensa, apareció Laura, que interrumpió la celebración. Me llevó lejos de allí y me dijo con tristeza:

- Los Wachidoos son seres buenos no malvados – Me confundió que dijera eso, puesto que ella, con sus propios ojos, había visto que esos seres habían causado el caos en la ciudad. Ella prosiguió diciendo:

- Los Wachidoos habían sido infectados por el virus “Málseli” al volver a la vida, este virus hace que el ser infectado se comporte de manera malévol y extraña, sin poder controlar sus actos –

Me di cuenta de la gravedad de la situación, había matado a seres inocentes y, si la prensa se enteraba, la gente me podría acusar por haber destruido una antigüedad como eran los fósiles. Aún así, decidí afrontar la realidad, volver al ayuntamiento y testificar. Como sospeché, los arqueólogos de todo el mundo se enteraron, me denunciaron y pusieron una multa de 50.000 \$, que pagué con el cheque y, arrepentido de mis actos, hui de la ciudad y no se volvió a saber más de mí.

FIN